



## ESTAMPAS

### POR TIERRAS VASCAS

El alegre sol mañanero ponía vivos reflejos de estaño fundido en las aguas del río. Y dolían los ojos al mirar.

Bandadas de pajaritos volaban rasando el prado, fresco de rocío, y caían en los bardales donde las telas de las arañas amarillas, eran como complicadas redecillas de pequeñas perlas. A veces, del rastrojo, subía hacia el cielo una calandria como una saeta. La calandria aleteaba como clavada en el aire, inmóvil. En la lejanía las montañas eran azules y por sobre ellas bogaban lentamente abullonadas nubes blancas.



Más allá de los maizales dorados, el río corría canturreando—como las viejecitas que al sol de la tarde desgranaban mazorcas en las portaladas—por entre avellanos en los que se columpiaban los «martinpescadores». Había un puente adornado de hiedra por las hadas.

Vacas rojas y vacas pintas miraban con ojos serenos. Y los terneros retozaban. El cuco—músico insigne que sóloa prendió dos notas en su flauta—iba de uno a otro lado avisando a los campesinos el buen tiempo.

\* \* \*

Todavía hoy la antiquísima «torre» de Iratza conserva su aspecto formidable, casi siniestro. Parece algo así como un viejo guerrero cruzado de viejas cicatrices, quemado por el fuego griego de los asaltos, curtido por la intemperie de los sitios interminables, que llevara por hábito ceñida la coraza y se entretuviera en echar «borona» a las gallinas.

Por las saeteras en que antaño asomaban las ballestas de los montañeses banderizos, caen ahora guirnaldas de unas humildes florecitas azules. En las ventanas cuelgan ristas de pimientos rojos y simientes de cebollas. Junto a la ancha portada está clavada una vieja bombardita flamenca que un buen día, cavando un canalizo, halló el casero. Ahora sirve para que cuando el «vetrinario» viene a visitar las vacas, pueda atar en ella su yegua. Y en el grueso botón de la culata, Antón Uletsu repica el filo de la guadaña lindamente.

Este hombre socarrón y chancero tiene mucha gramática parda. Cuando llegan las borrascas del Norte y el viento aúlla por los ventanos del desván, y las nubes negras se arrastran por los manzanales y muge el río alborotado, Antón sabe echar sedales desde las ventanas del lado Este, encima del remanso precisamente, y es fama que coge unas angulas morrocotudas.

No sé por qué al perro de la «torre» le llama Idarra, que quiere decir «arbijilla».

\* \* \*



Los peñascales adustos eran manchas grises en el tono de bronce viejo de la montaña. Los buitres cruzaban en ellos su vuelo sereno. En la pradera las vaquillas dejaban de pacer y miraban con atención. Bajo los castañares el aire era fresco, impregnado de gratos olores indefinibles; una liebre saltó por entre los helechos.

El pastor me dijo que una roca, en la muralla imponente de más allá, le servía de reloj cuando el sol cortaba en las anfractuosidades sombras duras. Luego me enseñó a encender fuego en pleno viento.

La senda era dura. Subía culebreando entre peñascales y brezos blancos. A veces con estruendo volaban las torcaces.

Desde aquí la aldea era como un montoncito de pedruscos, el campo como una colcha de retazos, el río un alambre de plata.

\* \* \*

Entre las losas que cubren el piso del pórtico de Andra-Mari, había antes una vieja estela sepulcral que Dios sabe de dónde vino y por qué al maestro de obras se le ocurrió encajarla entre las demás piedras. Algunos veraneantes se fijaron y desde entonces aquello fué un jubileo; pero la santera que no es amiga de ruidos acabó con la novedad en un dos por tres: con el pico de enterrador fué, pacientemente, labrando la piedra hasta que la dejó lisa.

Al término de un caminito flanqueado de tilos, cerraba el cementerio de la aldea. El cementerio era pequeñito animado de la triste sonrisa que las flores le prestaban. La hiedra subía por los muros en cuyos agujeros anidaban unos pajarricos menudos de color café.

A través de los barrotes de la puerta se veía el recinto tranquilo; cruces blancas, cruces negras, algunas medio caídas. Los cipreses cabeceaban como somnolientos. Había una cruz de hierro con una inscripción sencilla: AMI IJO; pero no daban ganas de reír precisamente. En otras los caracoles habían dejado el rastro irisado de sus paseos como si hubiesen ido leyendo los epitafios.

\* \* \*

Carretera interminable al fondo del valle húmedo y sombrío donde viven desde mil años leyendas tenebrosas que en las veladas de invierno, junto a la lumbre, pelando las castañas amarillas y ardientes, se cuentan miedosa fruición los campesinos.

Al atardecer suele pasar por la cuneta leyendo el Kempis el cura de Orroti. Pasan los forales de servicio con el fusil al hombro, cansados y tristes, pasa algún labriego con hierba recién segada, y tras el humilde altarcito de la ermita de Santa Engracia, los murciélagos se desperezan. Empiezan a ronronear alrededor de la luz de la lámpara, los cochorros...

El cielo va poco a poco, palideciendo hasta tornarse blanco. Sobre la cresta de los montes hay una orla anaranjada, brillan estrellas y el aire suave que viene de las praderías trae aromas del heno rastrillado.

\* \* \*



Goiko-Errota es ahora un siniestro poblado de sorciñas. Desde que los carlistas lo quemaron nadie se ha aventurado a entrar en el viejo molino. La maleza casi lo tapa. Hay matorros de parietaria como para colmar de emplastos a todos los vecinos dolientes en cinco leguas a la redonda. Las serpentarias son como antorchas clavadas en la hierba. Tirada en las ortigas una vieja muela que lleva cierta extraña inscripción citando a Jaun Zuria, sirve de guarida a los sapos.

Se da por averiguado que entre los muros negros vive una «pantasma» que más de cuatro honrados vecinos han visto—helándoseles el corazón—salir a merodear las noches oscuras. Y cualquiera les dice que no.

\* \* \*

De noche. Silencio cuajado de terrores. Rumores temibles en los robledales. El grito burlón del cárabo. Las campanadas de la torre se diluyen en las tinieblas como goterones sonoros. Muge quedamente una vaca y de repente, sin saber por qué, empiezan a ladrar todos los perros. Luego otra vez el silencio hueco...

El campesino con el oído alerta dice satisfecho: «Parese que va chuiar: esto es de comenesia pa las alubias». Y se duerme como un cepo.

*El Federado 4412  
del Grupo Alpino Turista Baracaldo*